

Prólogo

“Agroecología para existir” nos lleva por los campos de la Ruta Provincial N° 2 (RP2) en Córdoba, Argentina, para describir y analizar los caminos de quienes hacen agroecología y encuentran formas de vivir y trabajar como les *gusta*. En plena región pampeana, el corazón de una nación agroexportadora, logra mostrar la diversidad en medio de la aparente homogeneidad del paisaje sojero.

Por esos caminos rurales, rodeado de soja y maní, Elvito produce “como se hacía antes”. Es que él es un *chacarero de siempre* que se quedó con una partecita de lo que era el campo de la familia, por *gusto* a la vida rural. En sus hectáreas crecen sandías, melones y zapallos; viven chanchos, ovejas, vacas y terneros que conviven con las pasturas sembradas, las gallinas y los patos. Elvito hace un “manejo tradicional”, sin químicos, y dice que “ahora a eso le dicen agroecología”. Por estos caminos también vive Alicia, que se dedica a reproducir plantas y árboles para que el monte vuelva a florecer. Si la agricultura *convencional* –como la llaman las personas en estos lugares– se orienta a adaptar los ambientes para producir según las lógicas de los mercados globales, ella es *pionera* en darle a la tierra lo que “necesita para regenerarse”. Alicia teje redes y comparte, contagia esa forma amorosa que tiene de vincularse con la tierra. Y se junta con los *hippies* de Pueblo Mampa, jóvenes neorrurales que vienen de la ciudad y crean las condiciones para vivir y producir en comunidad con otras especies, construyen *casas pozo* y se llevan bien con la algarroba. Por esos caminos, la etnógrafa se encuentra con las y los agrónomos de Sol y Luna y Ubuntu, que buscan desandar lo que aprendieron en las universidades para encontrar *especies compañeras* y celebrar a las primeras lombrices que llegan para quedarse con ellos.

¿Qué significa hacer agroecología en los campos de la RP2? Este libro es la respuesta a una pregunta a la que Cravero llega haciendo trabajo de campo. Quizás una de las contribuciones más importantes de esta etnografía es que junto a los caminos de las personas, también describe su propia inmersión por esos caminos que reencantan los modos de producir y vivir en los mundos rurales. A través de la escritura etnográfica, la autora construye una narrativa donde ella está presente para dudar, equivocarse y aprender de las personas –lo que iba a cosecharse tras una tormenta no se “perdió, fue dado a la Pacha”–, para construir una casa de barro, oler el arroje de algarroba o buscar leña, y para jugarse a interpretar.

Desde las primeras páginas, Romina no se rehúsa a mostrar sus propias trayectorias, las certezas que con el tiempo resultaron ser prejuicios y también las emociones, las vicisitudes y las incomodidades. Su experiencia no la hace, sin embargo, la protagonista central de este libro. Todo lo que le sucede está al servicio de narrar un proceso de conocimiento situado. Así, la escritura avanza caminando con las personas hacia comprensiones cada vez más nítidas sobre qué significa hacer agroecología para ellas.

Cravero nos cuenta cómo fue cambiando el primer interrogante con el que llega: ¿es la agroecología una alternativa a eso que los movimientos y las ciencias sociales llaman el agronegocio? Con una honestidad que nace de la perplejidad y la sorpresa, la etnógrafa deja que sean las personas las que le muestren y le enseñen, y así desanda la pregunta por lo que la agroecología sería o debería ser, para describir y analizar cómo las personas hacen lo que hacen. La agroecología, en singular, se desplaza en su propuesta hacia las *prácticas* agroecológicas ancladas en el hacer cotidiano de quienes producen alimentos. Así pueden aparecer, diversas y plurales, distintas maneras de crear vínculos para vivir y trabajar en el mundo rural. A lo largo del trabajo de campo, Romina descubre que más que preasumir la existencia de la agroecología como proyecto o como modelo, hacer agroecología se vuelve un camino posible para estas personas. Un camino lleno de senderos que se bifurcan, que no se sabe de antemano a dónde llevan, que se hacen creando vínculos con humanos y no humanos en una trama socioproductiva local y situada. La autora recorre las mutuas imbricaciones entre las dinámicas sufridas y producidas por sus interlocutores en sus vidas cotidianas y los procesos sociopolíticos locales, regionales y nacionales y, en un análisis que no los comprende como mero telón de fondo, sino como los escenarios concretos de posibilidades, restricciones y conflictos donde se encuentran las personas y comunidades.

“Agroecología para existir” es el producto de la convivencia por más de un año con productores y productoras en los campos de la RP2. Esa manera de estar ahí pone de manifiesto las múltiples relaciones que las personas tienen con quienes hacen agricultura convencional. Es que son vecinos o parientes, amigos y colegas con los que conviven y negocian, a quienes toleran y de los que también dependen, como cuando arriendan los campos o les prestan maquinarias. Esto no quiere decir que no haya oposición ni conflicto, sino que el debate está abierto y se plantea en el hacer mismo, demostrando que hay otros modos de producir, vivir y vincularse con las otras especies.

Lejos de analizar prácticas agroecológicas “purificadas”, Romina muestra los cruces cotidianos entre personas que producen de modos diversos. La distancia de los análisis idealizantes propugnados por algunas y algunos colegas, científicos y militantes comprometidos con una mejora ambiental, le permiten a la autora narrar las prácticas humanas del día a día con una prosa fresca, curiosa y desmitificadora. Cravero no escribió este libro para tomar partido por algo que ya había decidido antes de hacer trabajo de campo. Se podría decir que escribió el libro que ella no se imaginaba que iba a escribir. Y, sin embargo, es un libro que tiene el mérito de hablar todo el tiempo de la política vivida, como la llama Julieta Quirós. De esta manera, demuestra que desplazar la mirada para describir y analizar las realidades concretas –las que existen delante, a pesar de o junto con nosotros durante el trabajo de campo y las que siguen ahí cuando nos vamos– es algo valioso para poder, eventualmente, transformarlas.

Romina es nuestra colega de la Red Argentina de Estudios Sociales de la Agroecología (RAESA), un espacio que venimos construyendo para comprender desde las disciplinas sociales la constelación de experiencias que proyectan las agroecologías. Desde aquí buscamos compartir reflexiones en torno a este nuevo saber, desde un conocimiento colaborativo que genere una ética del cuidado. Por ello, no es casualidad que nos haya invitado a escribir en forma colectiva el prólogo de una tesis ganadora del Premio “Eduardo Archetti” del Centro de Antropología Social del Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES) en el año 2020. Este libro, que hoy llega a sus manos a través de la editorial Antropofagia, representa con excelencia el proyecto individual y colectivo de cada una en RAESA: la consolidación de los caminos de “las sociales” por las sendas de las agroecologías.

En ese sentido, “Agroecología para existir”, además de una entrañable etnografía, es una contribución central a los debates actuales sobre la agroecología en el país. La disputa sobre qué es y qué debería ser la agroecología suele tener como principales interlocutores a quienes hacen aportes desde las ciencias agronómicas, que la posicionan como una disciplina que observa, aporta e interactúa con los agroecosistemas. ¿Y qué les pasa a las personas? ¿Qué vínculos construyen en los territorios? ¿Qué tan política es “la agroecología” desde la perspectiva de las personas que la hacen? ¿Qué pueden aportar las investigaciones en ciencias sociales frente a estos debates, desde sus diversidades?

Tal vez esta obra produzca incomodidad entre los estudios agronómicos, que a veces no se preguntan por las personas, por sus maneras, decisiones y circunstancias, ni por la red de relaciones entre quienes se involucran

en este tipo de procesos. El libro tiene la virtud de poner en primer plano las experiencias de quienes viven y trabajan en los campos de la RP2, las y los protagonistas de esta investigación. Habla de Alicia y su campo, que escapa a la idea de productividad y rendimiento que rige la racionalidad de las ciencias agronómicas, y que sin embargo en su *dar para regenerar* la convierte en productora de estímulos para quienes quieren cambiar las formas de ganarse la vida. Tal vez su “rendimiento” se mida en términos de las personas que conecta y de las redes que trama. Destaca el modo de *no trabajar de más* de los y las *hippies*, que trastoca la noción de una “cultura de trabajo capitalista”. Como dice la autora, si en Pueblo Mampa no hay clases propietarias, al autoabastecerse con lo que necesitan para vivir, se desdibuja la línea entre la esfera de trabajo productivo y reproductivo. El libro de Romina Cravero muestra cómo las prácticas agroecológicas se interrelacionan todos los días con prácticas espirituales o modos de vida concebidos como totales, holísticos o “con conciencia”, diferenciándose de quienes ven a la agroecología únicamente como una forma alternativa de producir en el agro para generar ingresos económicos.

En esta etnografía, clara y generosa con las y los lectores, la ciencia sale de la torre de marfil y se construye de forma artesanal, para todos y todas las voluntarias que la quieran leer, igual que las casas de barro de Pueblo Mampa que la autora edificó. Cravero nos muestra que la agroecología no se puede entender aisladamente, y que para las personas no se trata solo de oponerse o de resistir. Hay, sí, un poco de eso; pero también hay mucho más.

En este libro caben todas las experiencias, diversos caminos hacia las agroecologías. Y todas tienen el mismo estatuto, aunque *hacer agroecología* signifique muchas cosas. Están quienes interpretan el *producir* como *regenerar* y cuidar, e interconectan personas para ayudar a impulsar transformaciones; están las y los *hippies*, jóvenes generaciones de neorurales recién llegadas; están quienes han nacido y crecido “en el campo” y vienen de experiencias laborales o universitarias con la agricultura *convencional*; y están los *chacareros* *chacareros* que hacen las cosas como se hacían antes. Toda esa diversidad.

Entonces, ¿qué significa hacer agroecología en los campos de la RP2? Pasen y vean: esto es “Agroecología para existir”.

María de la Paz Acosta, Andrea Hojman, Noelia López,
Johana Kunin, Paula Lucero, Daiana Perez, Paula Serpe

Integrantes de la Red de Estudios Sociales de la Agroecología (RAESA).

Introducción

I. Desde los márgenes: (de)construyendo la agroecología como objeto de estudio

Esta investigación busca contribuir al conocimiento de los procesos de transformación del mundo rural contemporáneo a través de un análisis etnográfico de experiencias de producción agroecológica en la región pampeana de la provincia de Córdoba en Argentina. La construcción de este problema de investigación resultó de una serie de experiencias políticas, profesionales y personales que considero relevante precisar.

El 1 de agosto del año 2016, en la provincia de Córdoba, empezó a circular el rumor de que la empresa trasnacional Monsanto estaba desarmando lo que quedaba de las estructuras de la planta de selección y procesamiento de semillas transgénicas –es decir, semillas alteradas en laboratorio con genes de otro orden biológico– que había intentado instalar en Malvinas Argentinas, una pequeña localidad situada a 20 kilómetros del centro de la ciudad de Córdoba, la capital provincial. Un mes después se confirmó que Monsanto, empresa ícono de la agricultura con semillas transgénicas y del uso intensivo de agrotóxicos, había desistido en radicar allí la planta que, según sus comunicados oficiales, habría sido “la más grande de Latinoamérica”.

Fue una victoria para los vecinos y las vecinas, assembleístas, autoconvocadxs, militantes, ambientalistas¹ que se habían opuesto sistemáticamente a su radicación en la localidad de Malvinas Argentinas, durante cuatro años, con un repertorio de estrategias que incluyó desde acciones judiciales y administrativas, marchas, cortes de ruta, cine-debate, festivales, hasta un bloqueo permanente durante tres años de los accesos al predio de la fábrica en construcción.

Cuatro años antes –en julio de 2012– la presidenta argentina Cristina Fernández de Kirchner, durante su visita protocolar al Consejo de las Américas en Estados Unidos, había sido quien anunciara que en la provin-

¹ En este trabajo vamos a utilizar el lenguaje inclusivo y, al mismo tiempo, respetar la polifonía propia de nuestro territorio etnográfico, por lo cual, no encontrarán un único registro para marcar colectivos e identidades.

cia de Córdoba se instalaría dicha empresa. En aquella época, en Córdoba se desarrollaba el primer juicio penal por fumigaciones ilegales en el barrio Ituzaingó de la capital provincial. Los acusados eran dos productores de soja transgénica y un aeroplacador de agroquímicos y, dos meses después, uno de los productores y el aeroplacador fueron condenados. El juicio sentó el primer precedente judicial para el reconocimiento de la peligrosidad de los agrotóxicos para la salud y el ambiente.

Más aún, a través de este juicio oral y público y las acciones con las que organizaciones sociales y ambientalistas lo acompañaron, ganaron visibilidad y mejor comprensión en el debate público las denuncias sobre los problemas de salud y en el ambiente que acarrea el contacto con los agroquímicos que se vierten en los cultivos agrícolas y hortícolas, tanto a nivel provincial como nacional. El “Juicio a la fumigación”² –el nombre mediático con el que se lo conoció– condensó una victoria para el grupo de Madres de Barrio Ituzaingó, las mujeres que desde la periferia de la ciudad de Córdoba denunciaban las problemáticas en la salud de sus vecinos, vecinas y familiares que parecían multiplicarse como epidemia –problemas respiratorios, epidérmicos y cáncer–³.

La fecha que las Madres de Ituzaingó marcan como fundacional del grupo y comienzo de su lucha –marzo del año 2002– no es un dato menor. Coincide con el momento de auge de la tendencia al monocultivo con semillas transgénicas y la aplicación sistemática y en aumento de insumos de la industria química, que son desarrollados por empresas de biotecnología, y Monsanto es una de las pioneras en su incursión. Las Madres también fueron pioneras al conectar las problemáticas de salud con los productos químicos que se vertían en los campos linderos a sus casas; productos que el Estado denomina “fitosanitarios”, las empresas que lo producen y comercializan “agroquímicos”, y quienes denuncian su peligrosidad “agrotóxicos”.

En ambos procesos –el juicio histórico y la lucha de las Madres de Ituzaingó, así como la resistencia a la instalación de Monsanto– participé como comunicadora en coberturas colaborativas y medios alternativos, asumiendo la responsabilidad por amplificar las voces menos audibles para un debate social aún centrado en quién acaparaba la renta agraria y, en menor medida, en el cuestionamiento al modelo tecno y socioproductivo o el reconocimiento de sus consecuencias.

² Véase el registro y documentación de la cobertura periodística en: www.juicioalafumigación.com.ar

³ Sobre este proceso de organización y demanda al Estado véase Carrizo y Berger, 2013.

Esa implicación me llevó a preguntarme cuáles eran las alternativas a ese modelo de producción dominante y hegemónico que, desde el inicio del siglo XXI, homogeneizó el paisaje de las rutas –principalmente– pampeanas y que la experiencia acumulada –tanto de las asambleas y organizaciones que se autodenominaron como “pueblos fumigados” así como de estudios científicos– nos permitía constatar que contaminaba y enfermaba⁴. Además, llamaba mi atención que el desarrollo y crecimiento exponencial de esta agricultura era orgullo tanto de las fuerzas progresistas como también de los sectores más conservadores.

En aquel contexto comenzó esta investigación sobre experiencias de producción agroecológica en la provincia de Córdoba. Desde un abordaje etnográfico, este trabajo analiza un conjunto de cuatro establecimientos de la región pampeana de la provincia, buscando comprender cómo producen alimentos valiéndose de métodos tradicionales, ecológicos y los conocimientos de las ciencias agrarias modernas. En otras palabras, indagamos cómo diseñan métodos para cultivar la tierra en pequeña escala, construyen herramientas de trabajo e insumos, comercializan en el mercado local, transforman sus expectativas y modos de vida, y exploran nuevas formas de vinculación con el ambiente.

Al iniciar este trabajo de investigación, la agroecología –como opción de producción, de alimentación y sus protagonistas– ganaba cada vez más visibilidad en el debate público de la provincia de Córdoba y el país, a través de experiencias concretas y adherentes en distintos tramos del ciclo productivo (en el cultivo, en el procesamiento, en la comercialización y en el consumo). En todo caso, la multiplicación de ferias y compras comunitarias directo al productor hablaba, si no de una mayor y más variada producción al menos, de una visibilidad social.

En un primer momento, me propuse conocer cómo y quiénes llevaban adelante estas experiencias agroecológicas bajo la hipótesis de que *instituían* nuevas prácticas y sentidos en el agro (Castoriadis, 1975), indagando qué tipos de cambios desplegaban respecto a la agricultura hegemónica que acaparaba más del 70 % de las tierras cultivables del país (Rossi, 2018). Así llegué a uno de los establecimientos agroecológicos, *Pueblo Mampa*, que un estudioso y militante de la soberanía alimentaria me aseguró que tenía que conocer “porque es fantástico lo que están haciendo ahí”. Optar por una perspectiva etnográfica me guio hacia decisiones ana-

4 Al respecto, se puede consultar la compilación de estudios científicos publicados en distintas revistas académicas que sustenta el pedido en la Justifica Federal de prohibición del glifosato en Argentina. Ver Rossi, 2018.

líticas que reformularon aquella pregunta inicial que, sin embargo, persiste transversalmente a este trabajo.

Pueblo Mampa, un establecimiento ubicado en el agropampeano cordobés, que parecía ser un excelente caso de un “modelo de agroecología” –porque además están construyendo una aldea ecológica y comunitaria alrededor de sus cultivos–, me puso en contacto con otras experiencias de la zona, cercanas entre sí, heterogéneas y en convivencia. Los pequeños campos ecológicos alrededor de la Ruta Provincial N° 2 (RP2), en el centro - sureste de Córdoba, rodeados principalmente de soja, me llevaron a entender que no podía comprender la agroecología aislada. Además, constatar desde mis primeras semanas de trabajo de campo que algunas personas que hacen agroecología “habían hecho soja”, o tenían vínculos con personas que se dedicaban a ese tipo de producciones –porque son sus vecinas, familiares, antiguos compañeros de estudio o trabajo, les alquilan o prestan las tierras o maquinarias. . . –, me demandó explorar nuevas preguntas: ¿En qué circunstancias se habían aproximado a la agroecología (y, en algunos casos, distanciado de hacer “soja transgénica”)? ¿Qué implicancias tenía ese posicionamiento en la trama socioproductiva local?

La experiencia etnográfica me permitió des-sustancializar mis categorías iniciales y explorar formas de indagar al ras de lo que las personas hacen sin anticipar una grilla clasificatoria. Dicho de otro modo, no preasumir la existencia de la agroecología –como práctica, identidad o cosa– permite evitar que se torne un elemento “sobrecodificador” (Goldman, 2015) de las personas y sus prácticas. Para ello, el tipo de abordaje que propone la antropología de la política, habilita indagar las prácticas de producción agroecológica de un modo relacional y procesual (Quirós, 2011, Manzano, 2011).

Por un lado, optar por estudiar, no “la agroecología” como proyecto o modelo, sino el “hacer” agroecología de las personas de los campos de la RP2, me llevó a seguir las prácticas en esta zona del agropampeano cordobés y poner en valor la pregunta antropológica por el *cómo* del hacer (véase Quirós, 2014a). Esta forma de indagar habilitó un desplazamiento desde la pregunta por el tipo de actividades que se realizaban hacia el *cómo* se realizaban, para recuperar las lógicas agroecológicas que organizan y estructuran las prácticas de producción ecológica en esta zona de la región pampeana. En otras palabras, este desplazamiento analítico, más adelante, puso en relieve que el foco de esta investigación no estaba en confirmar si en los campos de la RP2 hacían o no agroecología, o eran o no experiencias disruptivas, sino más bien en comprender *cómo* hacían

lo que hacían. Es decir, en relación con quiénes, atentos a qué problemas, buscando qué resultados. También, levantar la pregunta por el cómo implica entrar de lleno a un tópico relevante en este universo social. En otras palabras, el *cómo hacer agricultura* (o cómo no hacerla) me llevó a indagar el núcleo de la controversia social que atraviesa la producción agropecuaria Argentina.

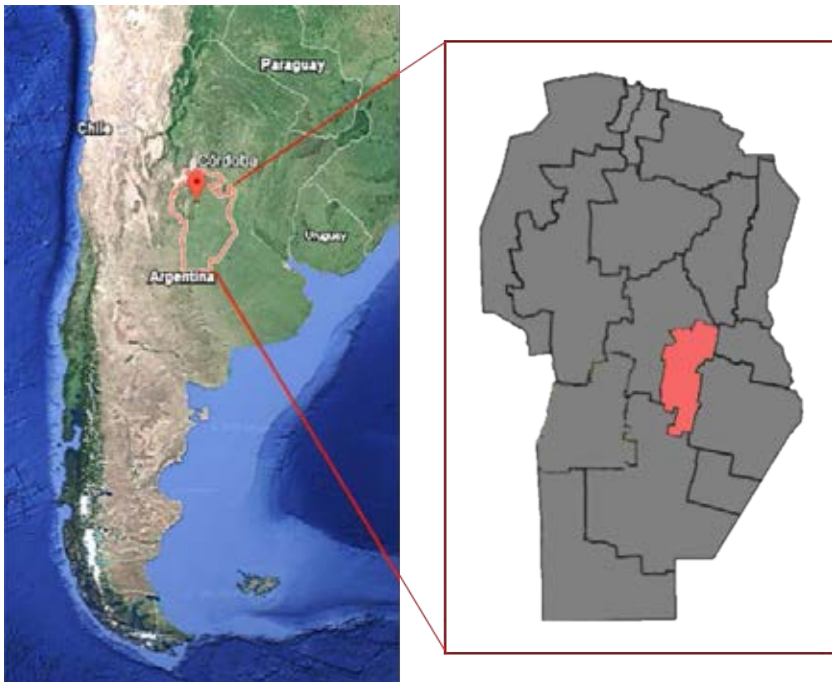
Por otro lado, este trabajo indaga las tramas de relaciones que configuran la producción agroecológica en la región pampeana de Córdoba en Argentina. Si los primeros interrogantes se preguntaban por la “agroecología” en singular y las “resistencias al modelo extractivista” en el mundo agrario, a lo largo de este trabajo, en cambio, vamos a descubrir su dinámica indagando cómo se presenta en las tramas de relaciones que componen la producción de alimentos en estos campos de la RP2. En otras palabras, abrirnos a la complejidad del entramado social nos permitirá comprender que en el hacer agroecología de las personas se presentaban, no solo relaciones de oposición con la agricultura hegemónica, sino también relaciones de vecindad, negociación, tolerancia, dependencia, entre otras. Además, habilitó a incorporar en aquella trama de vinculaciones la diversidad de actores y agencias que habitan el mundo rural.

II. Hacer agroecología en la región pampeana. El corazón de una nación agroexportadora

El análisis se sitúa en la zona rural del departamento General San Martín en el centro de la provincia de Córdoba. Este departamento cuenta con más de 120 mil habitantes (Indec, 2005) concentrados principalmente en la ciudad cabecera, Villa María, que cuenta más de 80 mil (Censo Nacional, 2010), a los que se pueden sumar los de la anexa localidad de Villa Nueva, que está tan solo separada por el Río Ctalamochita. La superficie departamental se encuentra englobada en la región que conforman las fértiles praderas pampeanas de Argentina.

Para llegar a los campos ecológicos tomé sucesivamente la autopista Córdoba-Buenos Aires, sobre la cual circulan a gran velocidad, más en camiones que en rieles, grandes volúmenes estandarizados de granos que van hacia destinos portuarios que las embarcan a latitudes lejanas. El tránsito por la autopista permite observar, al pasar, un paisaje caracterizado por la inmensidad de la llanura que se pierde en el horizonte. Allí

A la izquierda mapa de Argentina identificada la provincia de Córdoba. A la derecha mapa político de la provincia identificado el Departamento General San Martín. Elaboración propia en base a Google Earth 2019 y mapa político oficial.



Ruta Provincial Número 2. Archivo propio



predomina el cultivo de soja y –en menor medida, aunque en crecimiento constante– el de maíz, ocasionalmente podemos ver un molino de agua o una vieja tapera deteriorada por el desuso.

La autopista conecta las localidades del departamento General San Martín con las ciudades más importantes del país en lo que respecta no solo a lo demográfico, sino en referencia a lo económico y político: conecta los *commodities* agrícolas –soja, maíz y trigo– con los mercados internacionales. Estos granos cotizan en las bolsas de valores bursátiles, con precio y demanda determinados internacionalmente, por ello son así denominados tanto en los medios de comunicación especializados como por quienes habitan la tradicional región agroganadera de Argentina. Por aquellos caminos pampeanos de asfalto y rieles circulan, por ejemplo, las más de 80 millones de toneladas de granos y sus subproductos, como harina y aceite, que fueron despachadas durante 2017, según datos de la Bolsa de Cereales de Rosario (Calzada y Di Yenno, 2018). Exportaciones que convierten a este modelo de producción agrícola en el más extendido en Argentina, concentradas entre el 75-80 % en los puertos privados del Gran Rosario.

El tránsito desde la autopista Córdoba-Buenos Aires hasta la RP2, sobre la cual están ubicados los campos agroecológicos, cambia los escenarios que producen y se reproducen en las prácticas productivas y reproductivas rurales. Al salir de la velocidad de la autopista y de la llanura *in extenso*, nos adentramos a una ciudad “mediana” –de esas cuyos habitantes recuerdan los nombres de las familias, en las que se reconstruyen genealogías de los oficios, se recuerda cómo eran los lugares antes de que la modernización los fuera transformando–. Costeando la ciudad de Villa María se observa el vértice de algunos barrios y sus viviendas a veces “más lindas” y otras “más humildes”, que se intercalan con galpones industriales de autopartes de agromecánica, de venta de maquinaria agrícola o las agronomías locales que venden semillas y agroquímicos. Esta primacía de lo rural en la estructura sociocultural de las localidades del departamento General San Martín, y de la región pampeana en general, se comprende mejor, siguiendo a Buttell y Newby (1980), entendiendo la dicotomía rural-urbano no como una distinción sustantiva, sino analítica que sirve para dar cuenta de la especificidad del territorio estudiado desde la noción de “ruralidad”. Como demuestran investigaciones antropológicas en otras localidades de la región pampeana son ciudades “ruralizadas” en tanto existe un *continuum* de interacción entre rurales y urbanos. En términos del antropólogo argentino Hugo Ratier (2003, p. 238) es una especificidad

de aquellas “poblaciones medianas, con un importante *hinterland* agroganadero, [que] enlazan campo y ciudad en una trama única que es menester considerar en el análisis social”.

El aglomerado Villa María-Villa Nueva cuenta con esos “espacios fronterizos” en los bordes de la ciudad marcados por un flujo continuo de maquinarias de contratistas, camiones trasladando cosechas, insumos y camionetas embarradas. En el café del centro de la ciudad, en los almuerzos familiares, en los noticieros locales, se conversa sobre “el campo”. Las personas, estén o no ligadas directamente a esa actividad, saben si llueve, si hay “seca”, si la cosecha viene “con buen rinde”, si los precios suben o caen o si baja la hacienda.

Entre la primavera y el verano, al igual que por la autopista, en los campos de la zona rural del departamento Gral. San Martín se observan plantas vigorosas y de verdes intensos. Hileras de plantas de soja que se pierden a la vista en la llanura, que intercalan con lotes de maizales erigidos y milimétricamente ordenados. Cada tanto aparecen las plantas de maní, de hojas más pequeñas que la soja, pero que una mirada poco entrenada puede confundir con facilidad porque ambos cultivos dan la sensación visual de un colchón verde y frondoso que continúa en el horizonte. Allí el cultivo de soja transgénica es el principal uso de la tierra agropecuaria, que llegó a su máximo histórico con 232.646 hectáreas cultivadas de dicha oleaginosa en el verano de los años 2015-2016, cuando representó un 69 % de la superficie sembrada en la campaña estival en el departamento, según los datos de las Series Históricas del Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca de la Nación.

La hegemonía de esta matriz tecno y socioproductiva en la región pampeana y en general en Argentina deriva, en parte, del gran volumen movilizado que da cuenta de su predominio productivo, además de su concentración en pocas manos. Para graficar la disparidad en el control de la tierra nos ayudan los datos del Instituto Nacional de Semillas (Inase, 2017): según lo declarado por las empresas agrícolas solo el 6,66 % de los productores –un total de 611 empresas– controló el 43,52 % de la superficie total sembrada con soja durante el año 2016.

La concentración productiva se complementa con una aún más dispar en el mercado de insumos y de comercialización. Solamente diez corporaciones comercializan el 88 % de las exportaciones de granos y sus derivados en harinas y aceites de Argentina, según datos de 2017 de la Bolsa de Cereales de Rosario (Calzada, 2018). Otras cuatro son las que controlan el mercado de semillas transgénicas a nivel global –Monsanto-Bayer,

Dow-Dupont, Syngenta-ChemChina y BASF– y el 80 % del mercado de agroquímicos. En síntesis, es un tipo de agricultura intensiva en capital –por la escala e insumos biotecnológicos que exige –, organizada desde la lógica de “los negocios” (Gras y Hernández 2013 y 2016), cuyos mercados de insumos y de comercialización es controlado por pocas y grandes empresas.

En las cuentas nacionales, en el año 2017, esta agricultura de gran escala y orientada a comercializar *commodities* en mercados en el exterior representó el 43 % de las exportaciones nacionales con granos de soja y maíz y sus subproductos derivados (harinas y aceites). Es la República Popular de China la principal compradora de los porotos de soja y otros países asiáticos de la harina y aceite. Si observamos el peso del sector agropecuario (el total de todos los productos primarios y manufacturas primarias) en las exportaciones nacionales representa el 64 %, reflejando la primacía de la matriz agroexportadora en la estructura económica del país.

No obstante, su hegemonía no se cimienta solo en que dos de cada tres dólares que ingresan a las cuentas nacionales provienen de esta matriz socioproductiva, sino que tiene sus precondiciones en la historia agraria del país. En esta, “el campo” estructura la imagen identitaria de “nación” –en los términos que la define Anderson (1993, p. 23)–. En una nación históricamente producida e imaginada como agroexportadora, la región pampeana es presentada como fuente de la riqueza social, incluso si consideramos que este ideario es constantemente actualizado y disputado como la forma de inserción del país en la economía mundial o, al contrario, como responsable de su subdesarrollo.

Desde comienzos del siglo XXI, a través de los cultivos de soja en grandes extensiones que se pierden en el horizonte, “el campo argentino” recobró una vitalidad significativa en la estructura macroeconómica nacional. La soja –principalmente– y el maíz pasaron a ser los cultivos de mayor superficie sembrada impulsados por el ciclo de precios internacionales altos de los *commodities*, que abarcó el periodo que va desde los años 2000 a 2013⁵, que además promovió el ingreso de fondos globales de inversión privada

⁵ Aunque no profundizaremos aquí, resulta pertinente recuperar que los precios internacionales de los granos presentaron una marcada aceleración por el fuerte aumento de la demanda de los países asiáticos, en particular China, el estancamiento en la producción en dos de los principales productores mundiales (Brasil y EEUU) y la baja en la tasa de interés de la reserva federal de Estados Unidos que incentivaron la entrada de fondos especulativos en los mercados de los *commodities* (sobre esta dinámica véase Harvey, 2012, pp. 24-32).

que convirtieron la inversión en tierra y granos en un “activo financiero” (véase *landgrabbing* en Edelman, 2016 y Gras, 2017).

Este fue un proceso de escala internacional donde se intensificó la expansión de megaproyectos apalancados en innovaciones tecnológicas y organizativas, tendientes al control, la extracción y la exportación de bienes naturales sin mayor valor agregado en distintas regiones del Sur Global. Este proceso es caracterizado por algunos autores como una reprimarización de la orientación de las economías nacionales que denominan (neo)extractivismo (Gudynas, 2009; Svampa, 2013; Giarraca, 2011; Machado y Zibechi, 2016). Para el caso de América Latina, la demanda se concentró en productos agrícolas (maíz, soja y trigo), así como en hidrocarburos (gas y petróleo), metales y minerales (cobre, oro, plata, estaño, bauxita, zinc, entre otros).

En el año 2003 una campaña publicitaria en los suplementos rurales de los diarios argentinos de mayor tirada nacional, Clarín y La Nación, difundió el mapa de la “República Unida de la Soja”, confeccionado por la empresa productora de semillas y agroquímicos Syngenta. Dicho mapa puso en manifiesto la consolidación de la hegemonía socioproductiva de la agricultura de *commodities*, aquella que mis interlocutores del departamento General San Martín denominan “agricultura convencional” y desde la academia y el periodismo definen como “agronegocio” (Hernández 2009). El mapa reflejaba el área de América Latina donde más se desarrolló el cultivo de soja transgénica, que comprende los países de Brasil, Argentina, Uruguay, Paraguay y Bolivia⁶; y las voces críticas que denunciaban el carácter extractivista de este modelo agrícola reforzaron sus argumentos sobre su carácter neo-colonial (GRAIN, 2004 y 2013; Achkar et al., 2008).

Esta agricultura, hoy denominada *convencional*, se extendió en el territorio nacional de un modo sin precedentes, de casi 40 millones de hectáreas sembradas en el año 2017 el 70% corresponde a cultivos transgénicos (Rossi, 2018, p. 15). Para entender cómo este proceso se desarrolló en Argentina es necesario identificar algunas condiciones estructurales de la geopolítica global que se manifestó, por ejemplo, en las políticas de los organismos transnacionales y de los Estados nacionales que se conjugaron con condiciones propias de los territorios agroganaderos pampeanos que recuperaremos en el Capítulo 1. En otras palabras, si bien distinguimos como fuerzas globales aquellos elementos singulares de la etapa actual del

⁶ Para un trabajo que historiza el exponencial crecimiento del área sembrada de soja en Argentina véase Martínez Dougnac (2005).

desarrollo de relaciones capitalistas en el agro, como son las que proponen los productos biotecnológicos y químicos (semillas transgénicas y mejoradas más agroquímicos específicos como un paquete tecnológico “cerrado”) así como el rol del capital financiero, entendemos que las formas de su apropiación en los territorios rurales y el rol de los Estados nacionales operan como “resortes locales que le otorgan no solo un anclaje a las mencionadas fuerzas globales sino también dinámicas específicas” (Gras, 2013, p. 114). A partir de estos cruces podemos entender las específicas condiciones para el desarrollo de esta agricultura –que se convirtió en– *convencional*.

En el agro argentino, como veremos en el Capítulo 1 de este trabajo, este proceso de agriculturización no implicó solamente cambios agronómicos y de actividades, sino que reconfiguró las relaciones y los actores sociales de la producción agropecuaria con el ingreso de actores no agrarios como figuras dominantes como es la industria biotecnológica, los fondos de inversión, el fortalecimiento del poder de las grandes empresas agroindustriales y el desplazamiento de productores pequeños y medianos, los y las “chacareros”, “colonos” y “campesinos”. Desde entonces, cristalizaron una serie de cambios tecno y socioproductivos cuyo proceso de difusión encontramos en las décadas anteriores conocidos como Revolución Verde. En Argentina –así como en otros países agropecuarios– entre las décadas de los años 60 y 70 el aumento de la superficie sembrada y sus rendimientos es importante y sostenido (Balsa, 2006, p. 133). Como repusimos en el párrafo anterior, Argentina forjó su imaginario de nación agroexportadora en el ser o poder ser “granero del mundo”, al fragor de que el país era el mayor exportador de trigo y carne, entre finales del siglo XIX y principios del XX. Ese periodo de “bonanza” insertó con éxito al país como agroexportador en la economía global hasta la década de los años 30, cuando se inicia un proceso de retroceso y “estancamiento” en la actividad agrícola (Volkind y Barlaro, 2016).

El crecimiento de los rendimientos agrícolas desde mediados de los años 60 se comprende mejor a la luz de la agenda de “modernización” al interior del territorio nacional, que debe leerse, como señalamos en el párrafo anterior, en conexión a los movimientos en el plano internacional de la geopolítica global. Por ejemplo, la Agencia Estadounidense para el Desarrollo Internacional (Usaid) planteó, en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, el objetivo de “solucionar el problema del hambre en el mundo” a través de programas de difusión de innovaciones para la modernización de la producción agrícola de los países “subdesarrollados”.

Hacia finales de la década de los años 70 se difundió la incorporación de semillas “mejoradas” por institutos de investigación públicos y privados, resultantes de procesos de selección e hibridación de variedades de cultivos a campo abierto. En su difusión fue clave el trabajo del Centro Internacional de Mejoramiento del Maíz y Trigo (Cimmyt) creados por las Fundaciones Ford y Rockefeller. En el ámbito nacional, el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) –creado para “modernizar” la producción agropecuaria en el año 1956– tomó un rol activo en la adaptación local de las semillas (Obschatko, 1989, p. 10) así como en la difusión de los agroquímicos y la maquinaria específica. En una segunda etapa, también denominada Revolución Biotecnológica, se introdujeron las semillas transgénicas en Estados Unidos y Argentina como las dos primeras experiencias en el mundo a mediados de la década de los años 90 (Poth, 2013; Perelmuter, 2018). Siguiendo a la historiadora C. Gárgano (2013, p. 161), para el caso de Argentina, el INTA sostuvo la investigación y creación de cultivares de soja hasta mediados de la década de los años 80. El empresariado nacional no incursionaba porque al ser una especie autógena podía ser reproducida por los agricultores con solo guardar las semillas de una cosecha a otra y lo hacía un negocio poco atractivo. Esto se interrumpió cuando fue lanzada la semilla transgénica RR de Monsanto y al INTA le fue negada la licencia para su reproducción. El cultivo de soja transgénica junto al herbicida con el principio activo del glifosato se presentó como un “paquete tecnológico” e intensificó la dependencia con los insumos sintéticos para garantizar rendimientos altos, así como la incorporación de maquinaria agrícola automatizada y la gestión y control remoto de los cultivos a partir de sistemas informáticos y la micro electrónica. El anclaje local de ambas etapas se conjugó con agresivas políticas neoliberales de desregulación y de apertura del mercado externo instauradas durante la última dictadura militar de Argentina y profundizadas por el gobierno nacional de la década de los años 90.

III. La agroecología como objeto de estudio

Si la autopista Córdoba-Buenos Aires y sus puertos permitieron describir aquello que se presenta visible en el mundo agropecuario pampeano, entrar en otros caminos rurales permitirá tensionar la supuesta homogeneidad productiva que la hegemonía de la producción de *commodities* muestra como evidente. En nuestra zona de análisis, tradicionalmente agropecuaria y chacarera, de las primeras donde se desarrolló la agricultura industrial,

constatar que estaban en desarrollo proyectos agroecológicos nos llevó a preguntarnos qué tipo de fenómenos estábamos presenciando, pero en particular cuáles eran sus condiciones de posibilidad y cómo se despleaban.

La literatura que aborda lo agroecológico como objeto de estudio se inscribe, en su mayoría, en las Ciencias Agrarias –desarrollada principalmente por agrónomos y técnicos de instituciones que la promueven– y tiende a adoptar un enfoque de análisis normativo centrado en discutir qué es y qué debe ser la agroecología o en los aspectos agronómicos de los cultivos (suelos, combinación de siembras, rendimientos). Como campo de estudios es reciente y heterogéneo y, por tanto, aún están en disputa sus definiciones legítimas. No obstante, hay consenso en que se inscribe en la necesidad de un cambio del modo de producción agrícola dominante hacia esquemas ecológicos y socialmente más justos (Altieri, 2015; Sarandón y Marasas, 2015). Entre las décadas del 70 y el 80 los agrónomos Stephen Gliessman (1978) y Miguel Altieri (1985), y el sociólogo Eduardo Sevilla Guzmán (1993), dan los primeros pasos para trazar las bases disciplinares de lo que se popularizó en los años 80 como “agroecología”. Sus estudios recuperaron tempranamente tanto los saberes tradicionales campesino-indígenas como los de la agronomía moderna, el narodnismo ruso y el marxismo heterodoxo, a fin de sentar “las bases científicas” para una agricultura alternativa (Altieri, 2009; Perioto y Toná, 2017). Al respecto, vale resaltar que, si bien podemos rastrear antecedentes que trazan un camino disciplinar y esfuerzos sistemáticos por explicar y difundir “otra agricultura” diseñada en base a principios ecológicos, sus autores no dejan de señalar que estos desarrollos se producen en diálogo con tradiciones y saberes del ámbito rural, por ello Sevilla Guzmán y Woodgate (2013, p. 27) afirman que se nutre de una “constante dialéctica entre modernización capitalista y resistencia” (Véase también Gliessman, 2013; Toledo, 1993)⁷.

Aunque E. Sevilla Guzmán (2002, véase también Sevilla Guzmán, Otman, y Molina, 2006) ha sentado las bases de una perspectiva sociológica

⁷ Aunque no ahondaremos aquí, cabe señalar que, además de los señalados bajo el rótulo de agroecología, en algunos contextos se engloba en esta categoría a un heterogéneo campo de experiencias como es la agricultura biodinámica –véase las conferencias de Rudolf Steiner en *Curso sobre Agricultura Biodinámica* (2017)–, la permacultura desarrollada como perspectiva holística de sistemas sustentables –no solo agrícolas sino de viviendas y gestión de recursos– por Bill Mollison y David Holmgren 1978, la regenerativa o natural del filósofo y agricultor japonés Masanobu Fukuoka (2011). Para nuestro caso, hemos encontrado que las personas apelan a este campo de saberes, en algunos casos indistintamente, para nutrir sus propias prácticas y su campo de experimentación, como podrán ver señalado en distintos momentos de este trabajo.

y programática de la agroecología en España, hasta donde conocemos, no contamos con esfuerzos similares desde la sociología y la antropología en América Latina. No obstante, sí existe un importante registro y sistematización en cuanto a las dimensiones agrosistémicas y los manejos de los cultivos desde las Ciencias Agrarias (véase Restrepo, 2007; Sarandón, 2011; para el caso de Córdoba véase Barchuk et al. 2018, Arqueros et. al. 2014 para Buenos Aires; Ottmann et. al. 2011 para Santa Fe).

Además, en los estudios sociales, por un lado, encontramos que la literatura europea reconoce a estas prácticas de producción agrícola ecológica en un entramado de migraciones de las clases medias urbanas desde la ciudad hacia el campo que denominan como “neorruralidad” (volveremos al respecto en el Capítulo 2). Por otro lado, los estudios latinoamericanos recuperan el término “agroecología” para caracterizar a las prácticas productivas del campesinado. Tanto M. Altieri (2015) como N. Giarraca y T. Palmisano (2013) coinciden en que cuando La Vía Campesina (LVC) lo adopta para distinguir a sus prácticas tradicionales, en la década de los años 2000, repercute en “un tono mucho más militante” (Altieri, 2015, p.8) en su conceptualización.

En nuestra investigación, lo agroecológico se presentó como un campo de prácticas y procesos ubicuo: un modo de agricultura, una disciplina científica, un movimiento social por la soberanía alimentaria, una –incipiente y en los intersticios– área de trabajo de organismos públicos como el INTA o de cátedras universitarias. A veces un producto de consumo elitizado y, otras veces, de producción y acceso popular. En ocasiones lo agroecológico era definido por sus impulsores –agricultores, académicos, militantes– como una alternativa productiva y de organización del trabajo contrahegemónica. Así, ligado a la soberanía alimentaria y los movimientos campesinos, aparecía revestido como una actualización de utopías emancipadoras.

Nuestro análisis etnográfico se propuso abrigar esa ubicuidad, que se presenta transversal en el campo de prácticas y procesos que indagamos, para tornarla analíticamente productiva. Más que buscar definiciones taxativas sobre qué es la agroecología o identidades sustantivas de un nuevo o viejo tipo de agricultor, en cada capítulo van a encontrar los modos específicos en que las personas producen alimentos que califican como “sanos”, “orgánicos”, “medicinales” o “agroecológicos”.

Por otro lado, a través de los estudios agrarios críticos y la sociología rural, pudimos indagar la supremacía de los cultivos de soja y maíz transgénicos que veíamos alrededor de los campos agroecológicos de la RP2.

Con estas investigaciones entramos en diálogo cada vez que la agricultura convencional –o la lógica del agronegocio– aparece en nuestra experiencia etnográfica y esperamos que, también, este trabajo pueda nutrir este campo de discusiones.

Para nuestro caso, hasta pasado el momento en que presentamos este trabajo para su evaluación, no habíamos podido dar con trabajos empíricos desde las ciencias sociales que indagaran, en un contexto característicamente pampeano, de qué tipo son estos movimientos, desplazamientos y transformaciones que se autodenominan agroecológicas desde los últimos años⁸. Vislumbramos, por ello, un fértil diálogo entre las herramientas conceptuales de la antropología contemporánea con las propias de la sociología rural y los estudios agrarios críticos. Nuestra investigación se estructura a través de dos decisiones analíticas que nos permitieron recorrer a lo largo de los capítulos de este trabajo cómo se produce agroecológicamente en las tierras pampeanas, tanto en lo que hace al desarrollo de cultivos como a las experiencias vividas por las personas involucradas.

Luego de la inmersión etnográfica, si aún podíamos entender que las experiencias agroecológicas constituyen una resistencia a la agricultura convencional y al (neo)extractivismo como forma de acumulación capitalista, para comprenderlas había que inscribirlas en su trama de relaciones y complejizar los modos de comprender dicha confrontación. Para ello fue necesario asumir el supuesto de que lo político y lo económico no se definen como dominios específicos. La primera decisión analítica entiende que –más que dos esferas de la vida social separadas entre sí– son procesos *imbricados* (Dufy y Weber, 2009).

La segunda decisión analítica que estructura este abordaje la construimos a partir de los estudios de la cultura material (Gell, 2006; Ingold, 2010, 2013, 2015) que nos habilitaron a reconocer que había que extender la trama de relaciones que etnografiábamos. A un año de iniciado el trabajo de campo, al volver sobre los registros, comprendimos que las relaciones multiespecies eran vividas por las personas que hacen agroecología como relaciones reales entre distintas entidades inmanentes al mundo. Podría incluso decir que existen situaciones en las cuales los vínculos con plantas,

⁸ Sin embargo, cabe destacar que en los últimos años se publicaron algunos trabajos de revisión conceptual y relevamiento de experiencias agroecológicas de argentina (Domínguez, 2019; Palmisano, 2018) y tenemos conocimiento de una decena de investigaciones empíricas de posgrado en curso, entre ellas dos tesis doctorales de antropología presentadas por Johana Kumin (2019) y Rosario Iturralde (2020). Del encuentro de este grupo de investigadoras surgió a finales del año 2020 la Red Argentina de Estudios Sociales de la Agroecología (RAESA).

fenómenos climáticos y otras especies deja entrever la centralidad de estas relaciones en sus vidas.

La antropología de la cultura material fue un campo de diálogo productivo, inicialmente no previsto. Además de nutrir desde un trabajo empírico del entramado pampeano un debate que ganó fuerza en los últimos años en nuestra disciplina, etnografiar las relaciones entre humanos, plantas, animales, herramientas, técnicas y ambientes, permite volver y extraer consecuencias de la clásica crítica a la dicotomía Naturaleza-Cultura pivoteando en las prácticas concretas.

IV. Estrategia metodológica y estructura del texto

A través de un trabajo de campo intensivo y prolongado que incluyó convivir con los y las agricultores de los campos de la RP2, pude “tomar parte” en sus vidas cotidianas (Malinowski, 1986, p. 24). Durante sucesivas estancias entre 2017 y 2018, me dediqué a acompañar las rutinas diarias: participar de los procesos de trabajo productivo y reproductivo, compartir lo recreativo y social, los espacios de reunión y decisión, así como eventos y actividades públicas en las que participaban mis interlocutores o a los cuales eran invitados.

Si hacer vínculos es un prerequisite para un trabajo etnográfico, estos habilitan, además, un acceso distintivo al carácter vivido de los procesos sociales (Peirano 2014, Quirós, 2011 y 2014a). Como indican estas autoras, recuperar los fenómenos sociales como procesos vivos toma en cuenta no solo lo que las personas hacen sino, fundamentalmente, *cómo* lo hacen. Por ello, este trabajo privilegia analizar los microprocesos de acción e interacción; al mismo tiempo que sostener una concepción amplia –más paralingüística que logocéntrica– de aquello que puede constituir un dato etnográfico, dándole estatuto epistemológico a las “intensidades específicas”, afectos y efectos que se despliegan entre las personas en los procesos sociales (Favret-Saada, 1990).

Estas decisiones se plasman en la opción por una escritura que permita una traducción fiel a la dinámica *vivida* en los procesos sociales. De ahí que el argumento se organiza a través de la descripción y análisis de diversas situaciones etnográficas, por lo cual, encontrarán la reconstrucción de interacciones y diálogos, que presencié o me fueron narrados, junto a la situación en que fueron expresados, así como los elementos necesarios para su comprensión. A su vez, algunas palabras señaladas en *itálicas*

corresponden a expresiones significativas vertidas por mis interlocutores durante el trabajo de campo que en el texto aparecen utilizadas fuera de su contexto original de enunciación⁹.

En fin, este trabajo se organiza en tres capítulos que describen distintos caminos para llegar a hacer agroecología y las lógicas que organizan y estructuran las prácticas de producción ecológica en los campos de Elvito, Pioneros, Pueblo Mampa y Sol y Luna.

A lo largo del capítulo 1, las trayectorias de Elvito y Alicia nos llevan a preguntarnos cómo calaron, en esta región del agropampeano, los cambios de la llamada Revolución Verde y de qué tipo fueron las transformaciones desencadenadas. Si bien Elvito y Alicia, incluso con sus distintas posiciones de clase, podían coexistir como parte del mundo chacarero debieron, al igual que las economías regionales, reconfigurar sus actividades y con ello sus vidas. Se quedaron por su *gusto* por la vida rural.

En los capítulos 2 y 3, ingresamos de lleno a comprender cómo un grupo de jóvenes urbanos “hippies”–Pueblo Mampa– y un grupo de profesionales del agro nacidos en pequeños pueblos del agropampeano –Sol y Luna y Ubuntu– ponen en práctica lógicas para producir en los campos de la RP2 que podemos denominar “eco-lógicas”. La perspectiva del antropólogo inglés Tim Ingold (2010, 2015) nos permitió comprender que vivimos, más que en un mundo de “objetos”, en un mundo de cosas que están vivas para así comprender el despliegue de materiales en movimiento en los campos agroecológicos.

A partir del cultivo de trigo que no lograron cosechar tras una gran tormenta en Pueblo Mampa y la primera lombriz que encontraron en las tierras que arrienda Sol y Luna, logramos identificar que en esos procesos emerge y se constituye una producción de verdad inmanente a su quehacer cotidiano, en el hacerse y rehacerse de las personas con su ambiente, que les permite “descubrir” alimentos que no son reconocidos como tales (frutos, hojas y flores comestibles no convencionales, etc.) o “diseñar cultivos” que incluyen y contemplan que una diversidad de especies puedan habitar los campos pampeanos. En otras palabras, seguir sus acciones y decisiones nos permitió reconstruir una lógica de *dar* y *recibir* que entrama a quienes habitan las tierras pampeanas, al tiempo que organiza y estructura las prácticas de quienes hacen agroecología.

⁹ Los nombres propios (de lugares, de protagonistas y de organizaciones) utilizados a lo largo de este trabajo son, en general, reales a pedido de mis interlocutores. En los demás casos, acudo a seudónimos en pos de preservar la privacidad e integridad de las personas que protagonizan esta investigación.

En el capítulo final, recuperamos que mis interlocutores más que definirse cómo agroecólogos, chacareros, permacultores o agricultores, afirman que hacen hortalizas sin químicos, soja y maíz criollo, harinas libres de gluten, germinan árboles, guardanean el monte nativo. . . producen alimentos para la zona en la que viven. Reparar en ese desplazamiento, que enfatiza –antes que en una identidad sustantiva– en una capacidad de acción, nos permitió volverlo productivo en un análisis de la acción en la estructura –ni debajo ni sobre–. Dejamos en este capítulo una serie de reflexiones sobre cómo incluso en nuestras sociedades complejas, interdependientes y con estructuras de altos niveles de desigualdad, las personas siguen creando sus mundos y cultivando márgenes de autonomía y de poder. Pero no lo hacen aisladas sino *produciendo con* otros y otras.